

La implicación. Luces y sombras del concepto lourauniano.

Lic. María José Acevedo

Lourau me duele, como duelen las palabras que quedan en uno silenciadas para siempre. Fin de un diálogo apenas iniciado... corte brutal e inapelable.

Esa fue la realidad que me golpeó de frente aquella mañana de enero de 2000, cuando la voz, ronca por la emoción, de Gérard Mendel en el teléfono me comunicó que René Lourau había fallecido de un paro cardíaco en el tren que lo llevaba de su casa en Rambouillet a su cátedra de París VIII. Después recuerdo que me sentí enferma durante varios días. La muerte siempre me deja sin consuelo. Sin duda mi fe en el más allá no es tan fuerte como para tolerar el vacío de la ausencia.

Hacia entonces menos de un año de mi último encuentro con Lourau. Fue un domingo de invierno cuando su indiscutible discípula y querida amiga argentina, Débora Sada, me invitó a pasar el día a la casa de Rambouillet.

Vieja casona de aspecto abandonado, tan descuidada por fuera como por dentro. Libros apilados sobre cada mueble, tapices desteñidos cubriendo los sillones... y un almuerzo preparado por él mismo en una cocina indescriptible para mi sensibilidad burguesa, abundante vino tinto y los infaltables quesos de la región. Conversación íntima acerca de sus hijos, fotos familiares mezcladas con discusiones acerca del trabajo que compartían con Débora en la cátedra, y su opinión sobre el último libro de Mendel que elogió francamente, sabiéndolo mi maestro. Yo, por mi parte, conocía bien la profunda amistad y respeto mutuo que unía a esos dos hombres, vínculo basado en muchas coincidencias ideológicas, algunos acuerdos teóricos, pero ciertamente no en prácticas de terreno compatibles.

Por la tarde fuimos en el auto de Débora y su marido a pasear por el bosque de Rambouillet. En un momento del paseo nos adelantamos a la pareja y hablamos los dos de cosas que no recuerdo con exactitud... de la Argentina sin duda. Sí, recuerdo que mi impresión fue que estaba empezando a conocer al hombre detrás del intelectual brillante al que siempre había temido un poco por su agudeza y la, para mi excesiva, y hasta por momentos brutal, franqueza de sus juicios. Ahora pienso que ese rasgo era, sin embargo, la prueba de lo que yo más admiraba de él, la total coherencia entre sus ideas y la forma de ponerlas en práctica en su vida pública.

Desde que lo conocí por primera vez en el Encuentro del Espacio Institucional que organizamos en Bs. As. en el año 91', hasta aquel día en Rambouillet, nuestros encuentros habían sido fugaces, algunos en París, otros en Bs. As., casi siempre en ámbitos académicos. Sus desarrollos teóricos me parecían, y continúan pareciéndome, impecables, pero su propuesta de intervención institucional inaplicable, al menos en nuestro país. Sigo pensando que el reformismo mendeliano resulta mucho más eficaz que el rupturismo lourauniano para el fin en el que sin duda ambas corrientes están comprometidas. Transformar la sociedad a partir de una lucha frontal con fuerzas indiscutiblemente más poderosas pudo ser una estrategia más o menos válida tres décadas atrás.

Actualmente, la modificación de un orden casi universalmente establecido, y que ha logrado incluso el consentimiento de sus víctimas, requiere de estrategias más sutiles, aparentemente menos heroicas, pero más efectivas en el largo plazo.

En todo caso en aquella, que sería nuestra última conversación, me perdí la oportunidad de tratar esos temas. ¿Me hubiera atrevido a polemizar con él en una posición de conocimiento tan asimétrica? Cómo saberlo... De cualquier modo cuando me despedí de Lourau en aquel atardecer gris descontaba que retomáramos el diálogo al año siguiente. Despedida inquietante ya que, a último momento, cuando le agradecí la invitación asegurándole que lo había pasado muy bien, lo oí mascullar algo así como "*Era inevitable*". Mis palabras, aunque sinceras, habían sonado a sus oídos como una fórmula de educación totalmente esperable en una exponente de la burguesía intelectual porteña como yo. Puro instituido, bastante decepcionante para un anarquista enemigo de las convenciones... Sentí que su comentario me interpelaba en mis hábitos de clase y en mi condición de psicóloga institucional. Dudé entre subir al auto o quedarme un instante para aclararle la "verdadera intención" de mi frase. Por supuesto opté por lo primero y partí con la sensación de que no todo estaba dicho.

Ahora, volviendo a analizar el episodio, su ironía y mi inseguridad me hacen gracia. Acaso pensé que la sacaría tan barata? Me dejaría ir tan contenta, sin que me cuestionara nada? Simplemente no estaba en su naturaleza. René Lourau genio y figura... un provocador en el terreno y un provocador en la vida. Sacudir las estructuras, derrumbar los estereotipos, desnudar las contradicciones, empezando por las propias, crear un malestar que obligue a cada uno a interrogarse acerca de sus implicaciones. Ese era su *metier* de analista institucional, y su convicción profunda de sujeto político, sin importar cuántos enemigos cosechara en el camino.

El extra texto

Este *extra-texto* –como Lourau lo llamaría- tiene la apariencia de un homenaje, y en gran medida lo es. Pero ante todo se trata de una producción autobiográfica "*como investigación progresiva-regresiva de los momentos claves de un itinerario personal*".

Se trata de esta psicóloga institucional que soy, y del lugar en el que se sitúa frente a su objeto de conocimiento. Extra-texto, entonces, del texto constituido por los conceptos de *implicación* y *sobreimplicación* acuñado precisamente por ese institucionalista que fue R. Lourau con quien tuve un breve, demasiado breve, encuentro.

En cada línea del relato subjetivo que acabo de compartir con el lector, pueden descubrirse mis implicaciones institucionales, profesionales, ideológicas, de clase, religiosas, generacionales, libidinales y afectivas. También podrían adivinarse en lo no dicho, en los fragmentos de recuerdo obviados intencionalmente en la construcción narrativa. Autocensura que pone límites a la escritura de todo investigador que, persuadido de que el análisis de sus propias implicaciones forma parte del proceso de investigación, y sabiendo que dicho análisis supone exponer sus deseos, fantasías, temores, frustraciones y rechazos, cuestiones todas ligadas al terreno de lo íntimo, sin embargo calla algunas en función de sus experiencias pasadas con relación a los lectores, los editores, las propias instituciones de referencia, etc.

¹ R. Hess, A. Savoie, *L'analyse institutionnelle*, PUF, Paris, 1981.

Implicación del investigador o del interventor con la escritura –señala el Análisis Institucional- cuyo análisis exige concientizar primero, y hacer públicas luego, las razones por las cuales no incluye cierta información en su producción escrita. Las mías, en este caso, están referidas a cuestiones que involucran la intimidad de terceros, y que nada tienen que ver con el objeto que nos convoca. Argumento que, estoy segura, no convencería a Lourau, pero en cuya legitimidad puedo ampararme dado que el marco de referencia de mi práctica no es el Análisis Institucional y que, por lo tanto, me siento libre de marcar mis diferencias en cuanto a la amplitud y al *timing* que esa corriente plantea para la *restitución*. Discrepancia que revela además mi *implicación profesional* con las que sí son las instituciones de referencia de mi práctica de intervención e investigación como psicóloga institucional: el Sociopsicoanálisis y la Psicología Institucional Psicoanalítica.

Pero si bien el Análisis Institucional no es mi campo de intervención, sí es mi objeto en la práctica docente universitaria. Y es allí donde surge con claridad mi *implicación libidinal e ideológica* con la figura de Lourau: la admiración por el revolucionario auténtico y valiente que me remite a imágenes parentales idealizadas de mi infancia. Son estas implicaciones que se movilizan y emergen en la profunda irritación que me produce, por ejemplo, escuchar que mis alumnos confunden el concepto de *implicación* con el de “compromiso”, cuando lo reemplazan por el término de “implicancia”, o cuando asocian sobreimplicación con “un mayor compromiso”. Las mismas que hacen que, aun reconociendo que dentro de esta corriente existen figuras tan representativas como las de sus fundadores George Lapassade y R. Fonvieuille, o las de Remy Hess, A. Savoye, Débora Sada, en la generación más joven, para mí el Análisis Institucional se llame René Lourau.

Extra-texto –decía- de un texto que me han encargado, y que me dispongo a construir a partir de fragmentos de lecturas muy complejas, de las cuales parece más fácil inferir el sentido de los conceptos *implicación* y *sobreimplicación* por la negativa, diferenciándolos de los fenómenos con los que habitualmente se los confunde, que por la significación que le es efectivamente atribuida dentro del marco teórico del Análisis Institucional.

Al recordar la dificultad que tuve durante mucho tiempo, siendo estudiante de psicología y paciente en terapia psicoanalítica, para comprender el concepto de *transferencia*, me pregunto si en este caso, como en aquel, el obstáculo no es más de índole *resistencial* que intelectual. Resistencia (inconsciente claro) a admitir la existencia en nosotros de mecanismos psíquicos que escapan a nuestro control, y que nos llevan a interpretar la realidad social, las acciones propias y ajenas, como si fueran transparentes y unívocas. Resistencia que nos impone un rechazo espontáneo a la idea de que ciertos factores psicosociológicos nos determinan más allá de nuestra voluntad. Pero como la única salida para vencer los determinismos es atreverse a analizarlos, encaremos la tarea.

En un artículo que traduje en el año 91², en ocasión del Encuentro de El Espacio Institucional, y cuyo objetivo –advertía Lourau- se limitaba a “...intentar explicar una desviación ‘utilitarista’ de la noción de *implicación*”, se puede leer la siguiente frase:

² R. Lourau, *Implication et surimplication*. Revue du MAUSS N° 10, 1990.

“Si el investigador toma en serio, no ya sus resultados más o menos insólitos, sino su neurosis de explicación, y más aun, su neurosis de comunicación, no puede permitirse imponer un sentido a las palabras de la tribu, para luego gemir cuando la tribu continúa usando esas palabras de acuerdo a las leyes de la gravedad, y a las estrategias de los intercambios cotidianos teledirigidos por la Bolsa de Tokio o de New York. La desviación del sentido es parte del trabajo del concepto ya que el concepto, como la madera de la construcción, trabaja”. Esa desviación, no obstante, ha sido espuriamente aprovechada en beneficio de un efecto de sobreimplicación, de explotación de la subjetividad.

El pasaje de la *noción científica* al universo del *sentido común*, tiene la virtud –diría el psicólogo social Serge Moscovici- de proveer una explicación para aquellos fenómenos que antes eran enigmáticos, y de transformar en familiar lo hasta entonces desconocido. El problema aparece, en este caso, cuando la distorsión es fomentada y capitalizada al servicio de intereses absolutamente opuestos a aquellos que inspiraron la creación del concepto. Más adelante volveré sobre este punto. Por el momento, y como forma de prevenir dichas desviaciones, atenderé a la preocupación de Lourau por el uso del término como *“... una noción errática, sin nexos con una teoría de conjunto”* y me ocuparé de contextualizarla al interior del marco teórico del Análisis Institucional y, sobre todo, del análisis institucional en situación de intervención: el Socioanálisis.

El origen de la disciplina

El origen de esta disciplina en Francia se remonta al período de la ocupación. En esos años los médicos de los internados psiquiátricos comienzan a tomar conciencia del efecto iatrogénico que el funcionamiento de estos hospitales, y su forma de relacionarse con los pacientes, tenía sobre los mismos. A partir de los años 40 algunos de esos psicoterapeutas, en su mayoría militantes marxistas comprometidos en la lucha contra la alienación, se proponen transformar las relaciones sociales al interior de la organización hospitalaria de manera de convertirla en una “comunidad terapéutica”. Para ellos recurren a técnicas de psicoterapia de grupos, aprendidas en Estados Unidos, destinadas a atenuar la división tajante entre el personal asistencial y los pacientes, e incluso a lograr una mayor participación de los enfermos en el proceso de su cura.

Habiendo cumplido con lo que Lourau llamara la “fase empírica” de la modificación de la relación “médico/paciente, y la con “fase ideológica” de resocialización de los pacientes a través de dispositivos grupales llegó el tiempo, para los psiquiatras del Hospital de Saint-Albain y de la clínica de La Borde, de comenzar a interrogarse sobre qué estaban instituyendo a través de nuevas formas de práctica. Así se inaugura la “fase teórica” en la que se definirá el concepto de *institución*, llegando a la conclusión de que si se analiza el establecimiento psiquiátrico se pueden distinguir en él dos tipos de instituciones: *las instituciones internas* que los miembros de la organización pueden modificar a su voluntad y *las instituciones externas*, organismos estatales y movimientos sociales, sobre las que no tienen ningún poder. El hospital psiquiátrico, y las prácticas de sus integrantes, deberán ser pensadas entonces como el espacio de articulación entre ambos tipos de instituciones. En esta fase teórica se desarrollan conceptos que serán clave en el corpus teórico del Análisis Institucional tales como *grupo-objeto, grupo-sujeto, transferencia y contratransferencia institucional, transversalidad y analizador*.

Algunos años más tarde, a fines de los 50', el movimiento creado por el pedagogo francés Célestin Freinet, movimiento inspirado en el modelo de la Nueva Escuela centrado en los alumnos como destinatarios del mensaje pedagógico, pero que avanza sobre este en la medida en que apunta a que la nueva educación no quede reservada a las elites, sufre una escisión. Los representantes parisinos del movimiento afirman que la pedagogía de Freinet, concebida para el medio rural, no es aplicable al medio urbano, e insisten en incluir en sus filas no sólo a educadores, sino también a psicólogos, psicoanalistas y psicólogos vinculados a la Psicoterapia Institucional. Excluidos del movimiento, y liderados por R. Fonvieille y F. Oury crean un nuevo movimiento, la Pedagogía Institucional, que poco después se dividirá a su vez en dos tendencias respectivamente encabezadas por los citados fundadores.

F. Oury, estrechamente ligado al psicoanálisis, impulsa una pedagogía institucional entendida como un conjunto de dispositivos y técnicas (nuevas instituciones internas) que enfrenten a alumnos y docentes con situaciones en las que deban asumir mayor compromiso e iniciativa. La crítica que se le hará a esta corriente es que no logra ir más allá de la "fase ideológica" y que, por lo tanto, es incapaz de analizar las instituciones internas que pone en funcionamiento y sus efectos institucionales.

El segundo grupo es el que verdaderamente introduce en *análisis institucional* en el campo de la pedagogía a principios de los 60'. R. Fonvieille y George Lapassade y sus discípulos, Michel Lobrot y René Lourau, se consagran al análisis de las instituciones externas y su influencia en las instituciones externas creadas por la pedagogía institucional, y, retomando la idea de Freinet de los Consejos de Clase, posibilitan que los alumnos, conscientes de la transversalidad del grupo, vayan tomando cada vez mayor injerencia en la organización de su formación. Es el nacimiento de la *autogestión pedagógica* como análisis institucional.

A principios de la década del 60' G. Lapassade es considerado en Francia como uno de los especialistas de la "cuestión microsocia". En su esfuerzo por mostrar los vínculos entre grupo y organización Lapassade se aboca al estudio de los fenómenos de la burocracia. La organización burocrática –afirma- tiene originariamente la función de organizar el trabajo de manera que las prácticas institucionales sean más eficaces y coordinadas. Pero poco a poco quienes las organizan se van autonomizando y transformando en una casta aislada que imparte órdenes sin escuchar los mensajes de la base. Este mecanismo es productor de una serie de disfunciones y conflictos a los que se responde mediante la multiplicación de las normativas y el reforzamiento de los controles. En el proceso de burocratización los fines iniciales se han ido perdiendo y la organización acaba signada por el burocratismo. Estos desarrollos teóricos dan cuenta ya del compromiso político de Lapassade con la autogestión institucional. Compromiso que lo llevará a sentar las bases del *socioanálisis* en ocasión de su contrato con un sindicato estudiantil para la formación de sus dirigentes en la dinámica de grupos lewiniana. En esa oportunidad Lapassade emprende con sus alumnos una experiencia de *análisis del proceso de institucionalización* del propio grupo.

Entre 1965 y 1967 G. Lapassade y R. Lourau llevarán a cabo una serie de intervenciones que afirman la práctica socioanalítica. En esos años Lapassade define, en su libro *Grupo, organización, institución*, la concepción del Análisis Institucional acerca de la intervención: "método por el cual el grupo de analistas, respondiendo a la demanda de una organización social, instituye en esa organización un proceso colectivo de autoanálisis".

Paralelamente en su tesis de doctorado, *El Análisis Institucional*, R. Lourau estudia las distintas acepciones del término *institución* en las diferentes disciplinas, y designa los dos posibles significados de esta noción para el Análisis Institucional: *las formas sociales establecidas, o, los procesos a través de los cuales se organiza una sociedad*.

En este último sentido retoma la definición de institución de C. Castoriadis para el cual la institución de la sociedad es un proceso dialéctico en el que se oponen constantemente *lo instituido* y *lo instituyente*, produciendo como resultado *la institucionalización*. Agrega Lourau: *“Por instituyente comprenderemos al mismo tiempo el cuestionamiento, la capacidad innovadora y, en general, la práctica política como signifiante de la práctica social. En lo instituido ubicaremos no sólo al orden establecido, los valores, formas de representación y de organización consideradas normales, sino también los procedimientos habituales de las previsiones (económicas, sociales, políticas)”*³. Y en otro lugar⁴: *“El carácter vergonzoso, fatal, auto-reproductivo de la institucionalización, tal como es vivida como la mayoría de nosotros, esos caracteres son legitimados día tras día, tanto por el pretendido buen sentido popular, como por la ciencia y la educación... El poder en el pleno sentido del término es lo que objetiva, lo que institucionaliza las ‘buenas’ representaciones, todo lo que resiste a la objetivación, que rechaza ser objetivado y objetivar a los otros es amenazado por la exclusión”*.

Hemos visto hasta aquí cuál ha sido la génesis social (en tanto movimiento), y la génesis histórica (historia cronológicamente datada) que constituyen lo que Lourau denominó, parafraseando a Freud, *la novela familiar institucional* del Análisis Institucional. Largo recorrido, se dirá el lector, deseoso de tomar un atajo que desemboque cuanto antes en la explicación de las nociones de *implicación* y *sobreimplicación*.

Sin embargo de eso se trata precisamente esta historia: de las implicaciones de R. Lourau como hijo de una familia obrera, como anarquista, como sociólogo, como investigador, como intelectual comprometido en la lucha contra lo instituido...

Imposible comprender el sentido de aquellas nociones en el pensamiento lourauniano obviando la historia que da cuenta de las implicaciones de toda índole del autor en relación a la teoría y a la práctica a la que contribuyó. Porque como investigador formado en la Pedagogía Institucional no podía dejar de tomar posición frente a la polémica acerca del estatuto del observador y su relación con el objeto observado, porque como sociólogo ligado a la generación del 68^o no podía ni menospreciar los desarrollos del Psicoanálisis, ni aceptar la invasión del *psicoanalismo* en el terreno de lo socio-político es, probablemente, que Lourau acuña el término de *implicación*, para referirse a fenómenos que sus antecesores de la Psicoterapia Institucional designaron bajo el nombre de *transferencia* y *contratransferencia institucional*.

Transferencia y contratransferencia, términos claramente heredados de la teoría psicoanalítica, y que aluden a la comunicación inconsciente que, en el marco del dispositivo terapéutico, se establece entre el paciente y el analista.

³ R. Lourau. *L'instaurant contre l'institué*. Anthropos, Paris, 1969.

Origen y especificidad del término

Intentando reparar el “olvido” inicial de la Psicoterapia Institucional de reflexionar acerca de la relación médico/paciente en el ámbito de las instituciones psiquiátricas, y persuadidos de la incidencia del marco institucional sobre esta relación y sobre el efecto de los actos terapéuticos, es el equipo de la Mutual General de la Educación Nacional, ubicada en la localidad parisina de La Vetryere, quien elabora los conceptos de *transferencia* y *contratransferencia institucional*.

Esta transposición de conceptos de la clínica individual a la situación institucional obligó a los psicoterapeutas institucionales a pensar en una ampliación de ambos conceptos. Por un lado fue necesario advertir que en el caso de los pacientes psicóticos la transferencia estalla tomando como blanco a diferentes soportes en forma simultánea, lo que hacía necesario crear dispositivos grupales que posibilitaran una mayor circulación de la información entre el personal, soporte de esas transferencias parciales.

Por otro lado, y este es el descubrimiento más relevante para nuestro propósito, se imponía revisar la noción de contratransferencia como reacción inconsciente del terapeuta a la transferencia del paciente.

La ampliación del concepto de contratransferencia llevó a pensarla como *“la respuesta a todas las realidades (sexo, edad, raza, posición socio-económica) tanto del analizado como del analista, como así también a las significaciones socioculturales y económicas de la institución psicoanalítica. Los signos que permiten el descubrimiento de la contratransferencia son del orden de la preocupación o el malestar, es decir, de la percepción, en un nivel secundario, incierto, mal articulado con el discurso (si no encubierta por una racionalización sentida como satisfactoria) de un conflicto interno ligado a una situación analítica”*⁴. Estos desarrollos de los psicoterapeutas institucionales significaron una verdadera revolución ya que no sólo requerían la creación de dispositivos aptos para analizar la transferencia y contratransferencia en ámbitos institucionales, sino que mostraban que fenómenos de este orden podían ser detectados en todas las situaciones humanas en las que se da una relación observador/observado.

Hasta ese momento la implicación de Lourau con la institución de la investigación lo llevaba a coincidir con ciertas premisas de la *investigación-acción* como metodología etnológica: rechazo a la objetividad como fin en sí misma; rechazo a la separación entre el investigador y su objeto; voluntad de poner la investigación al servicio del cambio; interés en que el proceso investigativo forme parte de la propia investigación; deseo de poner los resultados de la investigación a disposición de los practicantes. Su implicación con la institución de la práctica socioanalítica, no obstante, lo había conducido a marcar la importancia de otros presupuestos que se agregaban a los anteriores, a saber: otorgar atención, no sólo al *encargo social* de las autoridades que presentan la consulta, sino a las *demandas* del conjunto de los miembros de la organización; tener en cuenta que el efecto analítico no proviene exclusivamente de la tarea del investigador/interventor sino del *dispositivo analítico*; analizar de qué manera *la escritura* de los resultados condiciona todo el proceso de la investigación desde su inicio.

⁴ R. Lourau. *L'Etat inconscient*, Les éditions de minuit, Paris, 1978.

⁵ Chanoit Gantheret, *Texte 2*, in *Les Pédagogies Institutionnelles*, J. Ardoino, R. Lourau, Puf, Paris, 1994.

A partir de estas tomas de posición es que Lourau prefiere sustituir el binomio transferencia-contratransferencia institucional por el término más abarcativo, y más sociológico, de *implicación*. Implicación de los observados/analizados, pero ante todo implicación del investigador/analista con:

- su objeto de investigación o intervención
- las instituciones de pertenencia y referencia del investigador/analista (empezando por el propio equipo)
- el encargo y la demanda sociales
- la epistemología del propio campo disciplinario
- la escritura o cualquier otro medio que sirva para exponer los resultados de la investigación

Más recientemente un discípulo de Lourau, A. Savoye propone distinguir, en el análisis de cada uno de esos niveles, las dimensiones organizacional/material, libidinal/afectiva e ideológica/política. El análisis de estas implicaciones, en el aquí y el ahora del dispositivo de intervención socioanalítico, deviene una tarea clave para los analistas institucionales. La explicitación de sus implicaciones en el marco de la Asamblea General, facilitará la emergencia de las implicaciones de los miembros de la organización con las instituciones que los atraviesan. La puesta en palabras de dichas implicaciones, no confesadas e incluso no concientizadas previamente, producirá el efecto buscado por el dispositivo socioanalítico: el develamiento de las *contradicciones* encarnadas en los individuos, y escenificadas en los grupos y las organizaciones. Contradicciones particulares que no hacen sino reproducir las contradicciones instituidas en la macro sociedad, y que el Análisis Institucional pretende desenmascarar.

En el terreno de la investigación ese mismo análisis permitirá al propio investigador, y a los destinatarios de sus descubrimientos, comprender los condicionamientos que han actuado en él antes, durante, y después del proceso investigativo, dando cuenta de la singularidad de su producción. Es ese individuo con todo su bagaje implicacional, y no otro, el que decide cuál será su objeto de investigación, el que elige el marco teórico y la metodología con las que abordará y analizará dicho objeto, el que determinará a quién comunicar sus resultados y la forma de hacerlo. Y lo hará desde el lugar social en el que se ubica, pero también desde el lugar que le es adjudicado por las instituciones presentes en su investigación (académicas, estatales, privadas...).

Lugar poco confortable, peligroso, al que se refería el joven Lourau cuando escribe en *El Estado inconsciente*:

*“Actualmente, habiendo pasado la cuarentena, casado, padre de dos hijos pequeños (siete y dos años), cuando la mayoría de la gente de mi edad que son madres, tienen hijos ya grandes y capaces de valerse por ellos mismos, con mi salario de docente de sociología de 7000 Fr por mes, qué es lo que estoy dispuesto a arriesgar? Esta es una forma de plantearse el problema”. A juzgar por lo que nos cuenta R. Barbier en *La investigación-acción en la institución educativa*, era mucho lo que Lourau estaba dispuesto a arriesgar. Dice Barbier: “Es por haber desarrollado y puesto en práctica dentro de su acción pedagógica tal postura dialéctica, que en Julio de 1974 el sociólogo René Lourau, profesor titular de la Universidad de Poitiers, debe presentarse ante el Consejo de Disciplina luego de ser suspendido por el Ministerio. El Consejo resolvió excluirlo de Poitiers... La implicación crítica de Lourau para cuestionar a la institución del examen en la formación en ciencias sociales, no puede ser objetivamente soportada por los ideólogos de la clase dominante dirigente, cuyos representantes más encarnizados integran la jerarquía universitaria de Poitiers...”.*

Lugar riesgoso, pero además difícil de analizar por cuanto enfrenta al investigador con sus propias contradicciones. Y de esto se hace cargo Lourau cuando en un texto más reciente que no logro ubicar (*El Diario de Investigación*, probablemente), analizando su implicación con la escritura, reconoce que su calidad de empleado de la universidad estatal (profesor titular de París VIII esta vez), y las exigencias de las casas editoriales, condicionan su escritura. Constatación dura de aceptar, sin duda, para ese libertario que pregona la circulación a ultranza de la palabra, y la lucha contra el Estado como institución madre de todos los instituidos...

La implicación sin embargo –aclara Lourau- no es buena ni mala, simplemente existe. No se trata de eliminarla sino de analizarla, y ese es el desafío profesional y ético para todo investigador o analista institucional. *El intelectual “implicado” se define al mismo tiempo por la voluntad subjetiva de analizar a fondo las implicaciones de sus pertenencias y referencias institucionales, y por el carácter objetivo de ese conjunto de determinaciones... Estar implicado es admitir finalmente que soy objetivado por lo que pretendo objetivar: fenómenos, acontecimientos, grupos, ideas, etc⁶.*

Advertencia sobre la trampa del “implicacionismo”

Implicación no es sinónimo de compromiso, advertí al principio. El “intelectual implicado” al que se refiere Lourau, no es el “intelectual comprometido” de Sartre, aquel que se define por su adhesión consciente a una doctrina o a una causa. No es un mayor grado de expresión pública, o de participación a favor o en contra de una empresa lo que revela nuestra implicación en ella. El abstenerse de participar puede, por el contrario, revelar el alto grado de *implicación ideológica* de aquellos que, fuertemente comprometidos con los mecanismos de la democracia, deciden no obstante renunciar a su derecho al voto por considerar que la participación en el acto eleccionario se ha vuelto un juego engañoso. O la *implicación institucional* de esos otros que, al ser llamados a exponer sus ideas dentro de una organización, optan por negarse, no por desinterés ni por temor a las consecuencias, sino porque sabe que su opinión no tendrá ningún efecto en las decisiones y, por lo tanto, prefieren dejar al descubierto la parodia pseudo-participacionista de la que se pretende hacerlos cómplices.

La implicación no es algo que ofertamos o sustraemos a voluntad como intentan hacernos creer los manipuladores del *implicacionismo* que denuncia Lourau: la implicación viene con nosotros en tanto sujetos sociohistóricos y políticos, y es activada por el encuentro con el objeto: el otro, los grupos, las instituciones, en fin, todo aquello que involucre un pronunciamiento o una acción de nuestra parte. Lo deseemos o no estamos involucrados intelectual y afectivamente, sujetos a una particular manera de percibir, pensar y sentir en razón de nuestra pertenencia a una determinada familia, a una cierta clase social, como miembros de una comunidad religiosa, como partidarios de una corriente política, como profesionales de tal o cual disciplina, y esas implicaciones condicionarán nuestros juicios y nuestras decisiones.

Se impone aquí la misma pregunta que sugiere la existencia del inconsciente. Si nuestras implicaciones nos determinan ¿estamos fatalmente condenados a repetir las mismas respuestas? Pensarlo así sería pasar por alto al otro término de la relación, *lo observado*.

⁶ R. Lourau. *L'Etat inconscient*, op. cit.

Sería, por otra parte, ignorar el pensamiento de Castoriadis, tan pregnante en la producción lourauniana, y su planteo de la tensión permanente entre lo instituido y lo instituyente, *“Hay lo social instituido pero esto presupone siempre lo social instituyente”*.

Gracias a la infinita capacidad imaginante de la sociedad (imaginario radical) las fuerzas instituyentes “trabajan” constantemente lo instituido y lo transforman. Nuestro objeto entonces va cambiando, y puesto que tiene el poder de objetivarlos, nos reinstituye permanentemente de nuevas maneras. En otras palabras, a pesar de los determinismos de nuestro inconsciente y de nuestras implicaciones, y a condición que nos tomemos el trabajo de analizarlos, se nos dará siempre la posibilidad de mirar el mundo con “nuevos ojos”, y de pensarlo desde nuevos esquemas. *Implicados sí, pero no sobreimplicados.*

Acepciones de la noción de implicación

Una conferencia muy esclarecedora sobre este tema, dictada por otro grande del Análisis Institucional contemporáneo, J. Ardoino, en la Universidad Autónoma de México en noviembre del 97, nos ayuda a comprender las dificultades de definir con precisión el fenómeno de la implicación. Y es que la *implicación* no es un *concepto* (como el de círculo, triángulo o cuadrado) que tiene un sentido único y fijo, es una *noción*, y como tal su polisemia es mucho más amplia e imprecisa. Las nociones se caracterizan porque existen de ellas diferentes *acepciones* según el campo del que provengan, y además su significación varía a lo largo de las épocas. Dice Ardoino: *“El problema no es saber cuál es el buen sentido, sino familiarizarse con todos los sentidos, y comprender que la realidad de una noción es extraordinariamente amplia, vasta, y que, además, ninguna noción puede ser comprendida o representada aisladamente. Cada término remite a otro gran número de términos con los que está en interacción...”*, forma parte de una constelación de nociones interrelacionadas.

Revisando entonces las diferentes acepciones del término vemos que el mismo es utilizado en tres campos distintos.

1. **El del Derecho Penal** donde se dice que un individuo “está implicado” en un hecho delictivo, es decir, ha sido inculcado por la justicia por transgredir de la ley. En este caso es de destacar que la implicación designa un fenómeno al que el individuo queda pasivamente sometido.
2. El segundo caso es el que corresponde al **campo lógico-matemático**, en el cual cuando se dice que un término (A) implica a otro (B), se está señalando que el segundo está contenido en el primero, o que el primero conduce al segundo. Se trata de una relación lógica que, por ende, tampoco supone la idea de voluntad.
3. El tercer sentido de la palabra, que por tratarse de una noción queda contaminado por los sentidos anteriores, es el **psicológico**, aquí *“La idea de implicación es la de aquello por lo que nos sentimos adheridos, arraigados a algo a lo cual no queremos renunciar”*.

Yo diría que, en principio, no podemos. El desprendernos de nuestras implicaciones primeras, aquellas que, construidas en las distintas etapas del proceso de socialización, y de las experiencias de encuentro con los otros, han devenido constitutivas de nuestra singular identidad, no es algo que dependa de nuestra voluntad. El acto voluntario, en todo caso, es el tomar conciencia de esas implicaciones a partir de un análisis que se dará siempre en el seno de una relación intersubjetiva. Esto quiere decir que el investigador o el interventor que encara esa tarea lo hace confrontándose con otros, exponiendo su perspectiva respecto del objeto

que lo ocupa frente a otro (miembros de su equipo, supervisor, director de tesis, sujetos involucrados en la investigación o consulta) que persigue el mismo propósito. Y aún así... la toma de conciencia puede conducir a un cambio de posición subjetiva, pero no a un "cambio de piel". No nos parece extraordinario ver a un hijo de la clase burguesa dominante transformarse en revolucionario defensor de los desposeídos, ni al artista bohemio convertirse en empresario exitoso, no obstante, como bien reconoce Ardoino, ciertos vestigios de sus implicaciones de clase, de estatus, etc, se filtrarán siempre en su uso del lenguaje, en sus preferencias estéticas, en sus valores más arraigados. Como dije antes, no hay implicaciones buenas o implicaciones malas, lo importante es poder analizarlas para no caer en el error de sostener la pureza o la verdad de nuestros juicios y de nuestros actos.

Implicados sí, pero no sobreimplicados.

Mientras Lourau distingue dos grandes categorías de implicaciones, la *implicación institucional* a la que define como "el conjunto de relaciones, conscientes o no, que existen entre el actor y el sistema institucional", y la *implicación práctica* que "indica las relaciones reales que este (actor) mantiene con lo que antes se denominó la base material de las instituciones"; Ardoino nos habla de *implicación libidinal* y de *implicación social o institucional*.

La primera estaría dada por la estructura psicológica de cada individuo, estructura al mismo tiempo racional e inconsciente, que determina su forma de observar al mundo y a los otros, sus comportamientos en relación a esas realidades, y su singular manera de ejercer una práctica. En la segunda categoría Ardoino ubica los determinantes culturales en general, y, en particular, la clase social de origen.

Sintetizando, dice Ardoino: "Nuestras implicaciones son parte de una realidad psicológica –las implicaciones libidinales-, y de una realidad sociológica –las implicaciones institucionales". Y agrega, en la misma línea de lo que habíamos venido desarrollando: "...la posibilidad de comenzar a estar menos alienados es el conocimiento y reconocimiento de lo que nos determina. Ratificamos entonces: *Implicados sí, pero no sobreimplicados.*

La sobre implicación

Precisamente es la noción de *sobreimplicación* el objeto del último tramo del recorrido que nos propusimos. Recorrido que, entre paréntesis, fue tomando senderos no previstos. Prueba, una vez más, del poder de lo analizado sobre el analista, de lo observado sobre el observador.

La *sobreimplicación* aparece en el pensamiento lourauniano ante todo como un efecto, como la fatal consecuencia de la incapacidad de analizar las propias implicaciones. Es la ceguera que lleva al sujeto a una identificación institucional en la que queda alienado a la voluntad de un poder que lo desconoce en su particularidad.

Recordemos que en la dialéctica *instituido/instituyente/institucionalización*, el momento de la particularidad es aquel en el que las múltiples pertenencias institucionales del sujeto niegan el carácter universal de la estructura institucional común. Captura imaginaria

⁷ R. Lourau, *El Análisis Institucional*, Amorrotu, Bs. As., 1991.

incitada por los discursos “implicacionistas” de las cúpulas que presionan al sujeto a “implicarse más”, en el sentido de comprometerse, de adherir incondicional y acríticamente a un único grupo u organización y renunciar a sus otras pertenencias institucionales. El individuo sobreimplicado es también un individuo sobre-explotado, explotado en su subjetividad –advierte Lourau– ya que no tiene conciencia del punto en que sus intereses resultan irreductiblemente opuestos a los del sistema para el que trabaja. En ese sentido, la política de la sobreimplicación es la política del sobretrabajo que el neoliberalismo impone, brutal o sutilmente, en nuestros días.

Recapitulando

¿En qué punto, entonces, se anuda la lógica del orden establecido con la lógica, consciente o inconsciente, del sujeto psíquico y social que soy? Pregunta ineludible para todo investigador y/o interventor que se proponga cuestionar los imaginarios instituidos y contribuir a la transformación de la realidad social. Sólo desatando ese nudo podrá liberarse de los lazos, más o menos invisibles que, a pesar suyo, lo atan al sistema que cuestiona, pero que al mismo tiempo reproduce, *implicado en la institucionalización*, como diría Lourau.

Comprenderá ahora el lector que el comienzo de este artículo no responde a una tentación exhibicionista de mostrar mis vínculos con el Análisis Institucional sino a la exigencia metodológica de la que todo investigador debe hacerse cargo.

Buenos Aires, Agosto de 2002.

Lic. María José Acevedo